



Carrera de San Jerónimo .

"La Fontana de Oro"

Cecilio 2014.

■ YACIMIENTOS LITERARIOS

Paseo comercial de Pérez Galdós por la Carrera de San Jerónimo en La Fontana de Oro

En las primeras páginas de *La Fontana de Oro*, Benito Pérez Galdós hace un repaso minucioso y reposado de los comercios de la Carrera de San Jerónimo, en la que se ubica el café que da nombre a la novela. Un fragmento literario que constituye, sin duda, una de las mejores presentaciones en prosa del comercio madrileño del primer tercio del siglo XIX. No sobra ni falta una coma. Con precisión quirúrgica Pérez Galdós va diseñando las características de los distintos comercios. Desde

establecimientos de venta de ropa a tiendas de comestibles, pasando por librerías y perfumerías. También las tiendas que venden de todo encuentran encaje en su fértil pluma. El lenguaje naturalista, pero exuberante, permite maravillosas descripciones de los diversos comercios. Los productos vendidos se presentan como si Galdós tuviera conocimientos adelantados de una especie de "merchandising" literario. Un verdadero festín para los amantes de la literatura y un prodigio de precisión para los aficionados al conocimiento del comercio.

El papel determinante del comercio minorista como iluminador y cimiento básico de la ciudad se refleja con claridad cuando en el último párrafo seleccionado Pérez Galdós señala que "estas tiendas, con sus respectivos

muestrarios y sus tenderos respectivos, constituían la decoración de la calle". Además, los establecimientos minoristas atraen a la "decoración movible y pintoresca" formada por el gentío.

Benito Pérez Galdós (1870): La Fontana de Oro, Alianza Editorial, Cuarta reimpresión (2007). Páginas 12-15.

En dicho portal, bastante espacioso para que entraran por él las enormes carrozas de su primitivo señor, tenía su establecimiento un memorialista, secretario de certificaciones y misivas; y en el mismo portal, un poco más adentro, estaban los almacenes de quinca-lla de un hermano de dicho memorialista, que había venido de Ocaña a la Corte para *hacer carrera* en el comercio. Constaba su tienda de tres menguados cajoncillos, en que había algunos paquetes de peines, unas cuantas cajas de obleas, juguetes de chicos y un gran manojo de rosarios con cruces y medallones de estaño... Más lejos estaba la tienda de géneros de unos irlandeses establecidos aquí desde el siglo pasado. Vendían, juntamente con el raso y el organdí, encajes flamencos y catalanes, alepín para chalecos, ante para pantalones, corbatas de color de las llamadas *guirindolas* y *carrikes* de cuatro cuellos, que estaban entonces en moda. El patrón era un irlandés gordo y succulento, de cara encendida, lustrosa y redonda como un queso de Flandes. Tenía fama de ser un servilón de a folio; pero si esto era cierto, las circunstancias constitucionales del país, y especialmente de la Carrera de San Jerónimo, le obligaban a disimularlo. Fundábanse los que tan feo vicio imputaban al irlandés en que, cuando pasaba por la calle la majestad de Fernando o Amalia, la alteza de *mi tío* el doctor o don Carlos, el buen comerciante dejaba apresuradamente su vara y su escritorio para correr a la puerta, asomándose con ansiedad y mirando la real comitiva con muestras de ternura y adhesión. Pero esto pasaba y el irlandés volvía a su habitual tarea, haciendo todas las protestas que sus amigos le exigían.

Cerca de la tienda del irlandés se abría la puerta de una librería, en cuyo mezzquino escaparate se mostraban, abiertos por su primera hoja, algunos libros, tales como la *Historia de España* por Duchesnes; las novelas de Voltaire, traducidas por autor anónimo; las *Noches de Young*; el *Viajador sensible* y la novela de Arturo y Arabella, que gozaba de gran popularidad en aquella época. Algunas obras de Montiano, Porcell, Arriaza, Olavide, Feijóo, un tratado del lenguaje de las flores y la *Guía del Comadrón* completaban el repertorio.

Al lado, y como formando juego con este templo literario, estaba una tienda de perfumería y bisutería, con algunos objetos de caza, de tocador y de cocina, que todo esto formaba comercio común en aquellos días. Por entre los botes de pomadas y cosméticos; por entre las cajas de alfileres y juguetes, se descubría el perfil arqueológico de una vieja, que era ama, dependienta y aun fabricante de algunas drogas. Más allá había otra tienda oscura, estrecha y casi subterránea, en que se vendían papel, tinta y cosas de escritorio, amén de algún braguero u otro aparato ortopédico de singular forma. En la puerta pendía, colgado de una espetera, un manojo de plumas de ganso, y en lo más profundo y más lóbrego de la tienda lucían, como los ojos de un lechuzo en el recinto de una caverna, los dos espejuelos resplandecientes de don Anatolio Mas, gran jefe de aquel gran comercio.

Enfrente había una tienda de comestibles, pero de comestibles aristocráticos. Existía allí un horno célebre, que asaba por Navidades más de cuatrocientos pavos de distintos calibres. Las empanadas de perdices y liebres no tenían rival; sus pasteles eran celebérrimos, y nada igualaba a los lechoncillos asados que salían de aquel gran

laboratorio. En días de convite, de cumpleaños o de boda, no encargar los principales platos a casa de Perico el Mahonés (así le llamaban) hubiera sido indiscutible desacato. Al por menor se vendían en la tienda rosquillas, bizcochos, galletas de Inglaterra y mantecadas de Astorga.

No lejos de esta tienda se hallaban las sedas, los hilos, los algodones, las lanas, las madejas y cintas de doña Ambrosia (antes de 1820 la llamaban la tía Ambrosia), respetable matrona, comerciante en hilado; el exterior de su tienda parecía la boca escénica de un teatro de aldea. Por aquí colgaba, a guisa de pendón, una pieza de lanilla encarnada; por allí un ceñidor de majo; más allá ostentaba una madeja sus innumerables hilos blancos, semejando los pistilos de gigantesca flor; de lo alto pendía algún camisolín, infantiles trajes de mamelucos, cenefas de percal, sartas de pañuelos, refajos y colgaduras. Encima de todo esto una larga tabla

en figura de media, pintada de negro, fija en la muralla y perpendicular a ella, servía de muestra principal. En el interior todo era armonía y buen gusto; en el trípode del centro tenían poderoso cimiento las caderas de doña Ambrosia y más arriba se ostentaba el pecho ciclópeo y corpulento busto de la misma. Era española recia, manchega y natural de Quintanar de la Orden, por más señas; señora de muy nobles y cristianos sentimientos. Respecto a sus ideas políticas, cosa esencial entonces, baste decir que quedó resuelto entonces, después de grandes controversias en toda la calle, que era una servilona de lo más exagerado.

Estas tiendas, con sus respectivos muestrarios y sus tenderos respectivos, constituían la decoración de la calle; había además una decoración movable y pintoresca, formada por el gentío que en todas direcciones cruzaba, como hoy, por aquel sitio.



Más Yacimientos literarios en www.mercadosmunicipales.es, dentro de la sección *Los mercados en la literatura*, dirigida y elaborada por **Javier Casares**, con ilustraciones de **Aurelio del Pino**.